

bot. También habeis previsto este caso; sois un caballero joven y simpático, habeis conseguido que ella os ame y que se os entregue, y en último caso os casarais con ella. No me negueis, milord, la astucia de este plan, que me parece sublime. Si yo no fuese yo, querría ser vos.

FAB. Gracias.

JUDÍO. Habeis manejado hábilmente la intriga; ocultándola á ella vuestro nombre, habeis impedido que esta aventura llegue á oídos de la reina. La pobre joven cree que la ha seducido un caballero del país de Sommerset, que se llama Amyas Pawlet.

FAB. (Todo lo sabe!) Vamos, dime, cuánto vale tu silencio?

JUDÍO. Milord, si alguno tuviera en su poder los documentos en donde constan el nacimiento, la existencia y el derecho de la heredera de lord Talbot, os dejaría por entregároslos pobre, tan pobre como mi ascendiente el patriarca Job; no os quedarian otros palacios más que los que os dibujara la fantasía.

FAB. Sí, pero nadie tiene esos documentos.

JUDÍO. Los tengo yo.

FAB. Tú, miserable! Eso no es verdad. Judío, habla y no mientas.

JUDÍO. Tengo esos documentos.

FAB. Dónde?

JUDÍO. En el bolsillo.

FAB. No te creo... Están en regla? Nada les falta?

JUDÍO. Nada.

FAB. Entonces entrégame los.

JUDÍO. Poco á poco.

FAB. Judío, entrégame los.

JUDÍO. Simon Renard y lord Chandos me los pagarían á peso de oro.

FAB. Simon Renard y lord Chandos son dos bribones, entre los que te haré ahorcar.

JUDÍO. Pues ya que no me proponéis otra cosa, me voy.

FAB. Ven aquí, judío. ¿Qué quieres por esos documentos?

JUDÍO. Una cosa que llevais encima.

FAB. La bolsa?

JUDÍO. Quereis vos la mía?

FAB. Pues qué es lo que quieres?

JUDÍO. Un pergamino que no abandonais nunca, que tiene en blanco la firma de la reina, en el que jura por su corona conceder al que se lo presente la gracia que le pida. Dadme esa firma en blanco y os entrego los títulos de Juana Talbot. Documento por documento, milord.

FAB. Para qué quieres tú esa firma?

JUDÍO. Yo juego por tabla, milord.

Os he dicho vuestros proyectos y ahora voy á comunicaros los míos. Soy uno de los principales plateros judíos de la calle de Kantersten de Bruselas; dejo el dinero á préstamo, ese es mi negocio. Doy diez y me devuelven quince. Presto á todo el mundo. Hace dos meses murió uno de mis deudores sin haberme pagado; este deudor era un antiguo criado de lord Talbot, que consiguió emigrar, y que al morir solo dejó cuatro harapos, de los que yo me apoderé; entre ellos encontré una caja y en la caja documentos: estos papeles eran los de Juana Talbot, y cerraban toda su historia, escrita circunstanciadamente y apoyada en pruebas.

Precisamente entonces la reina de Inglaterra acababa de daros posesion de los bienes de la huérfana, y precisamente yo necesitaba á la reina de Inglaterra para hacer un préstamo de diez mil marcos de oro. Pensé que por vos lo conseguiría y he venido á Inglaterra disfrazado, y yo mismo he espiado durante algunos días vuestros pasos y los de Juana. Así lo he sabido todo, y aquí me teneis. Tendreis los documentos de Juana Talbot si me dais la firma en blanco de la reina, encima de la que escribiré que me entregue diez mil marcos de oro. Algo debía cobrar por el corretaje, pero no hago caso de esa futeza: no os pido á vos la indicada suma, porque solo es capaz de pagarla una testa coronada. No os quejareis de que no os hablo con franqueza. Hombres tan hábiles como nosotros no deben engañarse mutuamente.

FAB. Es imposible lo que me pides. No puedo darte esa firma en blanco, porque quieres que te valga diez mil marcos de oro; qué diría la reina! Además, puedo caer en desgracia mañana, y esta firma en blanco puede salvarme la vida.

JUDÍO. A mí eso nada me importa.

FAB. Pídemme otra cosa.

JUDÍO. No quiero otra cosa.

FAB. Entrégame los documentos de Juana Talbot.

JUDÍO. Entregadme, pues, la firma en blanco.

FAB. (Será preciso ceder.)

Saca un pergamino del bolsillo.

JUDÍO. Veamos si contiene en blanco la firma de la reina.

FAB. Veamos los documentos de Juana Talbot.

JUDÍO. Despues.

Se acercan al farol. FABIANI, que se ha colocado detrás del

JUDÍO, le presenta con la mano izquierda el pergamino delante de los ojos; el JUDÍO lo examina.

“Nos, María, Reina...” Está bien. Ya veis que soy de vuestra escuela; todo lo he calculado y todo lo he previsto.

FAB. (Sacando el puñal con la mano derecha y hundiéndolo en la garganta al JUDÍO.) Menos esto.

JUDÍO. Traidor!... Socorro! Socorro!

Cae al suelo, pero al caer arroja á mucha distancia detrás de él un paquete cerrado, sin que se aperciba de ello FABIANI.

FAB. (Inclinándose sobre él.) Creo que le he muerto; voy á apoderarme de sus documentos. (Le registra.) Nada encuentro! ¡No lleva encima ningun papel! Me quería engañar ese infame viejo. Le he matado sin motivo. Preciso es sacar de aquí el cadáver; no puedo dejarle delante de la puerta de casa de Juana. Voy á ver si está el barquero para que me ayude á arrojarlo al Támesis.

Se vá por el fondo y desaparece detrás del paredon.

GILB. (Entrando por el lado opuesto.) Por aquí me parece que pedian socorro. (Vé el cuerpo del JUDÍO debajo del farol.) Dios mio! ¡Aquí hay un hombre muerto! Es el mendigo!

JUDÍO. (Incorporándose.) Habeis llegado demasiado tarde, Gilberto. (Señala con la mano el sitio donde tiró el paquete.) Recoged ese paquete: son los documentos que prueban que Juana vuestra prometida es hija y heredera de lord Talbot. Mi asesino es Fabiani, el favorito de la reina... Ah!... ¡Me ahogo! Gilberto, véngame y véngate!... (Muere.)

GILB. Ha muerto ya. ¿Qué quiere decir que me venga?... ¡Juana es hija de lord Talbot!... ¡A este hombre le ha matado el favorito de la reina!... Ah! mi cabeza se extravía.

ESCENA VII.

GILBERTO Y FABIANI.

FAB. Quién está ahí?

GILB. Acaban de asesinar á un hombre.

FAB. A un hombre no, á un judío.

GILB. Y quién le ha matado?

FAB. Vos ó yo.

GILB. Caballero!

FAB. Aquí no hay testigos; solo hay un cadáver en tierra y dos hombres á su lado. Cuál de ellos es el asesino? Nada prueba que sea el uno ó el otro.

GILB. El asesino sois vos.

FAB. Pues bien, yo soy... y qué?

GILB. Voy á dar aviso á la justicia.

FAB. Vais á ayudarme á arrojar este cadáver al agua.

TOMO III

GILB. Voy á haceros prender y á que os castiguen.

FAB. Os digo que me ayudeis.

GILB. Sois un imprudente!

FAB. Creedme, buen hombre, borremos las huellas del delito; estais más interesado que yo en ello.

GILB. Vaya un empeño!

FAB. Yo soy un gran señor, un noble lord; vos sois un cualquiera, un transeunte, un hombre del pueblo. El gentil-hombre que mata á un judío solo paga cuatro sueldos de multa; pero el plebeyo que mata á otro vá á la horca.

GILB. Y os atreveríais...

FAB. Si me denuncias, yo te denunciaré tambien. Me creerán; pero si no me creen, me es igual; pagando cuatro sueldos me dejan libre, mientras que á tí te cortarán la cabeza.

GILB. Y no hay testigos ni pruebas! Este miserable se ha apoderado de mí!

FAB. Te ayudaré á echar el cadáver al rio.

GILB. Sois el demonio!

GILBERTO coge el cuerpo del JUDÍO por la cabeza, FABIANI por los pies y le llevan hasta el paredon.

FAB. Os aseguro, amigo mio, que ya no sé cuál de los dos ha muerto á ese hombre.

Se van por detrás del paredon.

FAB. (Reapareciendo.) Ya está.— Buenas noches, compañero.— Idos á vuestros asuntos.

Se dirige hácia la casa y se vuelve al ver que GILBERTO le sigue.

¿Es que quereis que os recompense vuestro trabajo? En conciencia nada os debo, pero tomad.

Dá una bolsa á GILBERTO, cuyo primer movimiento es de rehusarla, pero luego la toma.

Idos. Qué esperais?

GILB. Nada.

FAB. Pues quedaos si quereis y Dios os guarde.

Se dirige á la puerta de la casa, disponiéndose á abrirla.

GILB. Dónde vais?

FAB. Pardiez! A mi casa.

GILB. A vuestra casa!

FAB. Sí.

GILB. ¡No sé quién de los dos es el que sueña! Hace poco me digisteis que yo habia matado al judío, y ahora me decís que esa es vuestra casa.

FAB. O la de mi querida, que es lo mismo.

GILB. Repetidme lo que acabais de decir.

FAB. Ya que os empeñais, os diré que en esa casa vive una linda muchacha que se llama Juana, que es mi manceba.

GILB. Y yo te digo, milord, que mientes; que eres un impostor y un asesino; que acabas de pronunciar palabras tan fatales, que causarán la muerte de los dos; la tuya por pronunciarlas y la mía por haberlas oído.

FAB. ¿Quién será este diablo de hombre?

GILB. Soy Gilberto el cincelador y Juana es mi prometida.

FAB. Y yo soy el caballero Amyas Pawlet y Juana es mi manceba.

GILB. Te repito que mientes. Eres lord Clanbrasil, favorito de la reina. ¡El imbécil cree que no le conozco!

FAB. (Todo el mundo me conoce esta noche. Este es otro hombre peligroso, del que hay que deshacerse.)

GILB. Dime en seguida que me has mentido como un cobarde y que Juana no es tu manceba.

FAB. Si conoces su letra, lee. (Saca una carta.)

Mientras GILBERTO, temblando, desdobra el papel, dice:

(Me interesa que entre en la casa y arme querella con Juana, para dar tiempo á que lleguen mis agentes.)

GILB. (Leyendo.) "Estaré sola esta noche; podeis venir." Maldicion! Has deshonrado á mi prometida y eres un infame. Me darás una satisfaccion.

FAB. Estoy pronto; saca la espada.

GILB. Oh rabia! ¡Los hombres de la plebe no podemos llevar espada ni puñal! ¡Pero yo te esperaré por la noche á la esquina de una calle y te ahogaré, miserable!

FAB. Eres un hombre muy violento!

GILB. Te juro que me vengaré de tí!

FAB. ¡Quieres vengarte de mí estando yo tan alto y tú tan bajo! Eres un loco y te desaffo.

GILB. Me desaffas?

FAB. Sí.

GILB. Pues no te olvides de que me retas.

FAB. (¡Es preciso que el sol no salga mañana para este hombre!) Créeme y entra en tu casa. Me disgusta que hayas descubierto esta aventura, pero te dejo en posesion de la jóven. Mi intencion verdaderamente no era ir tan lejos. Entra en casa, y si no tienes llave, ahí tienes esta. (Se la arroja á los piés.) Si te parece mejor, dá cuatro golpecitos en la ventana; Juana creará que soy yo y te abrirá. Buenas noches. (Váse.)

ESCENA VIII.

GILBERTO solo.

Se fué! Se fué! ¡Sin que yo le pulverizara bajo mis piés! ¡Me he visto precisado á dejarle huir por no tener un arma miserable!

Pausa. Vé en este momento el puñal con que FABIANI ha muerto al JUDÍO y le recoge con ansiedad y furor.

Encontré demasiado tarde este puñal; pero venga del cielo ó del infierno, lo bendigo. Juana me ha hecho traicion, Juana se ha entregado á ese infame, Juana es la heredera de lord Talbot... Oh! la he perdido para siempre!

Pausa.

Quiero vengarme de ese hombre! Si me presento en palacio, los criados de la reina me echarán á puntapiés como á un perro. Estoy loco! ¡Tengo un infierno en la cabeza! Me es indiferente morir, pero no quiero morir sin vengarme. Daria la vida por conseguir la venganza. ¿No hay quién quiera celebrar conmigo este convenio? Al que me vengue de Fabiani le entrego la vida.

ESCENA IX.

GILBERTO Y SIMON RENARD.

SIM. Acepto ese convenio.

GILB. Y quién eres tú?

SIM. El hombre que deseabas encontrar.

GILB. Sabes quién soy?

SIM. El hombre que necesito.

GILB. No tengo más que una idea, una sola idea: vengarme de Fabiani y morir despues.

SIM. Te vengarás de él y morirás.

GILB. Pues me entrego á tí.

SIM. Te vengarás como deseas, pero con la condicion que has propuesto; con la condicion de perder la vida.

GILB. Tuya es si me vengo.

SIM. Estamos convenidos?

GILB. Convenidos.

SIM. Sígueme.

GILB. Adónde?

SIM. Ya lo sabrás.

GILB. Acuérdate de que has prometido vengarme.

SIM. Y tú no olvides que me has prometido morir.

JORNADA SEGUNDA

La Reina.

Cámara de la Reina.—Un libro de Evangelios abierto encima de un reclinatorio; la corona real sobre un taburete.—Puertas laterales y una grande en el foro; parte de éste está cubierta de rica tapicería.

ESCENA PRIMERA.

La REINA, espléndidamente vestida, recostada en un ancho y cómodo canapé, y FABIANI á su lado, sentado en una silla de tijera y vestido con el rico traje de la orden de la Jarretiera.

FAB. (Cantando y tocando la guitarra.)

Quando te duermes tranquila y de noche vengo á verte, oigo que en sueños murmuras frases tiernas con voz débil, mientras de tus formas bellas veo el tentador relieve.

Duerme, vida mia!

Duerme, duerme.

Quando me dices "Te amo," indispensable es creerte, porque lo dices de modo que al incrédulo convences, pues chispean tus miradas el fuego de amor que sientes. Ama, vida mia! Amame siempre.

Deja la guitarra.

FAB. (Declamando.) No puedo expresar cuánto os amo, pero tanto como os adoro, aborrezco á Simon Renard, que en Inglaterra es más poderoso que vos misma.

REINA. Respecto á ese hombre, ya sabéis, milord, que soy impotente, porque es aquí el delegado del príncipe español, mi futuro esposo.

FAB. Vuestro futuro esposo!

REINA. No hablemos más de esto. Sabéis que os amo y nada teneis que desear. Os advierto que es hora ya de que os vayais.

FAB. María, un instante más.

REINA. Es ya la hora en que el Consejo privado debe reunirse; y si hasta aquí he sido mujer, desde ahora es preciso que me convierta en reina.

FAB. Pues deseo que la mujer haga esperar á la puerta á la reina.

REINA. Lo deseais? Lo quereis? Miradme bien, milord. ¡Qué interesante es vuestro rostro!

FAB. Vos, señora, sois tan divina, que os basta vuestra belleza para ser todopoderosa. Hay en vuestra fisonomía algo que indica que sois reina, y esto se vé mejor en vuestra cara que en vuestra corona.

REINA. Me adulais!

FAB. Os amo.

REINA. ¿Es verdad que no amas á nadie más que á mí? Repítemelo, mirádome como tú sabes mirar. Nosotras, las mujeres, no sabemos nunca lo que pasa exactamente en el corazon del hombre; estamos obligadas á creer á vuestros ojos, y los más hermosos son muchas veces los que más mienten. Pero en los tuyos hay tanta lealtad, tanto candor y tanta buena fé, que no pueden mentir. No es verdad? Tu mirada es pura é ingenua. Tener ojos celestiales y engañar, seria cosa horrible, porque tus ojos son los de un ángel ó los de un demonio.

FAB. Pues no soy demonio ni ángel; soy un hombre que os adora.

REINA. Que ama á la reina.

FAB. No, que ama á María.

REINA. Escucha, Fabiani; yo te amo tambien de ese modo, pero eres jóven y sé que hay muchas mujeres que te miran tiernamente, y sé además que una reina puede hastiar como cualquier otra mujer.—No me interrumpas.—Si alguna vez te enamoras de otra, quiero que me lo confieses; quizás si me lo digeras te perdonaria. No sabes hasta qué extremo te amo, porque yo misma no lo sé. Es verdad que hay momentos en los que preferiria verte antes muerto que feliz con otra, pero tambien hay momentos en que preferiria verte dichoso en agenos brazos. Dios mio! ¡No sé por qué se empeñan en formarme reputacion de mujer perversa!

FAB. Solo puedo ser feliz contigo, María, porque no amo á nadie más que á tí.

REINA. De veras? Mirame otra vez. Hay instantes en que estoy muy celosa; algunas veces me figuro que me engañas. Quisiera ser invisible y seguirte y saber siempre lo que haces, lo que dices y dónde estás. En los cuentos de hadas nos hablan de una sortija que hacia invisibles á los que la poseian; daria la corona por esa sortija. ¡Serias un infame si me engañases!

FAB. Ahuyentad esas ideas de la imaginacion. Para engañar á mi dama y á

mi reina era preciso que fuese el más ingrato y el más miserable de los hombres, y yo no os he dado motivo para que lo creais. Os amo, os adoro y no puedo mirar á ninguna otra mujer. ¡No conoçais en los ojos mi cariño! Cuando el hombre engaña á la mujer pronto se conoce, y las mujeres rara vez se equivocan cuando lo creen. Precisamente habeis elegido para estar celosa el dia que os amo quizás más que nunca, y ahora no estoy hablando á la reina, de cuyo poder me burlo. Me burlo, porque la reina solo podria mandar que me cortasen la cabeza, pero María puede destrozarme el corazon. No amo á vuestra majestad, sino á tí; beso tu mano blanca y suave, pero no vuestro cetro real.

REINA. Gracias y adios... Vuelve dentro de una hora.

FAB. Lo que vos llamais una hora, yo llamo un siglo. (Váse.)

En cuanto sale, la REINA se levanta rápidamente, se dirige á una puerta secreta, la abre y entra SIMON RENARD.

ESCENA II.

La REINA y SIMON RENARD.

REINA. Entrad, señor Bailío. ¿Le habeis oido?

SIM. Todo lo que dijo.

REINA. ¡Entonces es el más falso y el más inicuo de los hombres! ¿Qué me contestais á esto?

SIM. Os contesto que se conoce que lleva un apellido que acaba en i.

REINA. ¿Estais seguro que vá de noche á casa de esa mujer? ¿Le habeis visto entrar?

SIM. Sí, y como yo le han visto Chandos, Clinfon, Montagú y diez testigos más.

REINA. Eso es infame!

SIM. El hecho puede comprobarse en seguida. La jóven está aquí, como acabo de decir á vuestra majestad. La hice prender esta noche en su casa.

REINA. ¿Pero ese crimen no basta para quitarle la vida á ese hombre?

SIM. No es suficiente motivo haber estado por la noche en casa de una mujer hermosa: vuestra majestad hizo juzgar á Trogmoton por un hecho como ese y salió absuelto.

REINA. Por eso castigué á sus jueces.

SIM. Tendriais que hacer lo mismo con los jueces de Fabiani.

REINA. ¡Cómo me vengaré del traidor!

SIM. Vuestra majestad solo quiere vengarse de cierto modo...

REINA. Del modo que sea digno de mí.

SIM. No hay otro medio que el que he indicado á vuestra majestad. Valerse del hombre que está allí.

REINA. Hará todo lo que yo quiera?

SIM. Todo, si haceis lo que él desea.

REINA. Me entregará la vida?

SIM. Si aceptais sus condiciones, os la entregará.

REINA. Y qué es lo que desea?

SIM. Lo mismo que vuestra majestad; vengarse.

REINA. Decidle que entre y quedaos donde podais oirnos. Decid á milord Chandos que permanezca en la cámara inmediata con seis hombres de mi guardia, dispuestos á entrar aquí cuando se les llame. La jóven que esté tambien preparada para entrar.

Váse SIMON.

Seré terrible!

Abrese una de las puertas laterales y entran GILBERTO y SIMON RENARD.

ESCENA III.

La REINA, GILBERTO y SIMON RENARD.

GILB. Dónde estoy?

REINA. Delante de la reina.

GILB. La reina!

REINA. Sí, soy la reina, pero no tenemos tiempo para perderlo en admiraciones. Sé que os llamais Gilberto, que sois un trabajador, que vivís á la otra parte del rio con una jóven que se llama Juana, que es vuestra prometida, que os engaña, y que ésta tiene un amante, que se llama Fabiani, que me engaña á mí. Quereis vengaros y yo tambien. Para que lo consigais necesito disponer á mi antojo de vuestra vida. Necesito que digais lo que yo os mande decir cuando yo quiera; necesito que desde ahora no haya para vos nada falso ni verdadero, nada bueno ni malo, nada justo ni injusto, y que solo os sujeteis á mi venganza y á mi voluntad. ¿Consentís en lo que os propongo?

GILB. Señora...

REINA. Te prometo que te vengarás. Pero es preciso que mueras. Ahora proponme tus condiciones: si tienes madre anciana y pobre, yo la enriqueceré. Véndeme la vida tan cara como quieras.

GILB. No estoy ya decidido á morir.

REINA. Qué dices!

GILB. Perdóneme vuestra majestad,

pero he estado reflexionando toda la noche, y veo que este asunto no está bien probado. Oí á un hombre vanagloriarse de ser el amante de Juana, pero ¿quién me asegura que no ha mentado? He visto que me dió la llave de la casa, pero quién me dice que no la ha robado? He leído una carta, pero ¿quién me prueba que no se la han hecho escribir á la fuerza? Además, de que no estoy seguro de que aquella fuese su letra; era de noche y estaba tan turbado que no veia. No quiero entregar mi vida por vanas sospechas. Además, no he vuelto á ver á Juana.

REINA. Se conoce que sabes amar! Eres como yo, y te resistes á creer en las pruebas. Si vieras á Juana, si ella te confesase su traicion, ¿me entregarías tu vida?

GILB. Sí, pero con una condicion.

REINA. Luego me la dirás. (A SIMON.) Que entre en seguida esa jóven. Ocúltate ahí, Gilberto.

Hace que éste se esconda detrás de un tapiz. JUANA entra pálida y temblando.

ESCENA IV.

La REINA, JUANA y GILBERTO tras del tapiz.

REINA. Acércate, jóven. Me conoces?

JUANA. Sí, señora.

REINA. ¿Sabes quién es el hombre que te sedujo?

JUANA. Sí, señora.

REINA. ¿Te engañó, haciéndote creer que era un gentil-hombre que se llamaba Amyas Pawlet?

JUANA. Sí, señora.

REINA. ¿Sabes ya que es Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil?

JUANA. Sí, señora.

REINA. Esta noche, cuando fueron á prenderte, ¿le habias dado una cita y le esperabas?

JUANA. Dios mio!

REINA. Responde.

JUANA. Sí... (Con voz débil.)

REINA. Sabes que ni él ni tú no debéis esperar...

JUANA. Más que la muerte.

REINA. Refiéreme toda la aventura. ¿Dónde viste á ese hombre la primera vez?

JUANA. La primera vez que le ví fué... Pero esto qué importa? Soy una desgraciada hija del pueblo, pobre y vanidosa, loca y coqueta, que me enamoré de oropelos y del aspecto de un gran señor. Me sedujo, me deshonró y me perdí.

Esto es todo y no necesito añadir más, porque cada palabra que pronuncio me atraviesa el corazon.

REINA. Está bien.

JUANA. Sé que vuestra cólera es terrible, pero desde ahora me someto al castigo que me impongais.

REINA. Castigarte yo! ¿Que acaso me ocupo de tí, insensata? Me ocupo solo de Fabiani; en cuanto á tí, otro se encargará de castigarte.

JUANA. Pues bien, señora, cualquier castigo sufriré, si teneis la bondad de concederme lo que voy á pedir. Existe un hombre que me recogió siendo niña y huérfana, que me crió, que me amó y que me ama todavía; un hombre para quien he sido muy criminal, y cuya imagen veo en el fondo de mi alma, augusta y sagrada como la de Dios; un hombre que quizás en este instante encuentra su casa vacía y devastada, y no comprende nada de lo que le sucede, y estará sumido en la desesperacion. Pues suplico á vuestra majestad que no llegue nunca á saber todo esto que ha sucedido, que yo desaparezca sin que él sepa cómo ni dónde, ni lo mal que me he portado con él, ni el castigo que me impongais. El aprecio de este hombre lo estimo más que la vida, y esta desgracia le causaria horrible pesadumbre. Tened piedad de él y de mí. Ya que él no os ha ofendido, que ignore todo esto; que ignore que soy culpable, porque es capaz de matarse; que no sepa que he muerto, porque moriria de dolor.

REINA. Ese hombre está allí, os escucha, os juzga y os vá á castigar.

Sale GILBERTO.

JUANA. Cielos! Gilberto!

GILB. (A la REINA.) Mi vida es vuestra, señora.

REINA. ¿Teneis algunas condiciones que proponerme?

GILB. Sí, señora.

REINA. Os doy mi palabra real de cumplirlas.

GILB. Mi única condicion consiste en una deuda de gratitud que trato de pagar á un caballero de vuestra corte que me ha hecho trabajar mucho en mi oficio de cincelador.

REINA. Explicaos.

GILB. Dicho gentil-hombre mantiene relaciones ocultas con una mujer con la que no puede casarse, porque pertenece á una familia proscripta. La mujer á que me refiero, desconocida hasta hoy, es la hija única y la única heredera de lord Talbot, á quien decapitó Enrique VIII.

REINA. Es verdad lo que dices? ¿Juan

Talbot, excelente y católico lord, leal defensor de mi madre, ha dejado una hija? Te juro por mi corona que si eso es cierto, esa hija tendrá en mí una madre, y lo que Talbot hizo por la madre de María de Inglaterra, María de Inglaterra lo hará por la hija de Juan Talbot.

GILB. ¿Demodo que será para vuestra majestad una verdadera satisfacción devolver esos legítimos bienes á la que le pertenecen?

REINA. Será un placer para mí devolvérselos y también arrebatárselos á Fabiani. ¿Pero existen las pruebas de que esa heredera vive?

GILB. Existen.

REINA. Y si no las encontramos las inventaremos.

GILB. Pues si devuelve vuestra majestad á la heredera de lord Talbot los bienes, los títulos y los honores, si la garantiza la vida, si la desposa con ese gentil-hombre, podeis disponer de mi libertad y de mi vida como os plazca.

REINA. Así lo haré.

GILB. ¿La reina de Inglaterra se lo jura al cincelador Gilberto, poniendo una mano sobre la corona y otra sobre los Evangelios?

REINA. Te lo juro por la corona y sobre los Evangelios.

GILB. Pues el pacto está terminado; mandad que preparen el lecho nupcial para los esposos y la tumba para mí. El gentil-hombre de quien yo hablo es Fabiani, conde de Clanbrasil, y la heredera de Talbot es esta jóven.

JUANA. Qué dice!

REINA. Estais loco! ¿Qué significa esto? ¡Es demasiada audacia burlarse de la reina de Inglaterra! En los salones régios deben medirse las palabras, porque en ellos hay ocasiones en que la boca puede hacer derribar la cabeza.

GILB. La mia os pertenece, señora, pero á mí me pertenece vuestro juramento.

REINA. Pero es cierto lo que decís?... Fabiani!... Juana!... Es imposible!

GILB. Juana es hija y heredera de lord Talbot.

REINA. Eso es una quimera, una locura. Dónde están las pruebas?

GILB. (Sacando un paquete.) Aquí están. Examinad esos documentos.

REINA. Ahora no tengo tiempo para leer documentos... Qué me importan! ¿Os los he pedido acaso? (GILBERTO los deja sobre la mesa.) Si en ellos existen las pruebas, los arrojaré al fuego y desaparecerán.

GILB. Y vuestro juramento?

REINA. Mi juramento!... ¿Pero qué quieres de mí? Estás loco?

GILB. Quiero que restituyais á Juana sus bienes, su nobleza y su honor perdido. Proclamadla hija de lord Talbot y esposa de lord Clanbrasil, y luego desped de mi vida.

REINA. Para qué me sirve tu vida! Solo la queria para vengarme de Fabiani. Ni te comprendo ni me comprendes. Querias vengarte, y ¡así es cómo te vengas! Estos villanos son estúpidos! ¿Te figuras que creo en esa ridícula historia de una heredera de Talbot? Ni siquiera leeré esos documentos que me has entregado. Te engaña una mujer y luego te portas con ella generosamente; yo no soy así. ¡El ódio y la rabia despedazan mi corazón! Me vengaré y tú me ayudarás!

GILB. Me habeis empeñado vuestra palabra de reina católica. Lord Clanbrasil sedujo á Juana y se casará con ella.

REINA. Y si no quiere?

GILB. Le obligareis.

REINA. ¡Oh, no; tened piedad de mí, Gilberto!

GILB. Pues bien; si ese infame rehúsa este matrimonio, vuestra majestad hará de él y de mí lo que le plazca.

REINA. (Con alegría.) Eso es lo que yo deseo.

GILB. Si llega ese caso, despues de haber ceñido la reina de Inglaterra en la frente de Juana Talbot la corona de condesa de Waterford, yo haré todo lo que la reina me mande.

REINA. Todo? ¿Dirás todo lo que yo quiera que digas? ¿Morirás del modo que sea preciso?

GILB. Sí.

JUANA. Dios mio!

REINA. Lo juras?

GILB. Lo juro.

REINA. De este modo todo puede arreglarse. Me empeñas tu palabra y yo te empeñé la mia. (A JUANA.) Es ya inútil que esteis aquí; os llamaré cuando os necesite.

JUANA. (Al salir.) ¡Qué habeis hecho, Gilberto! ¡Soy una miserable, que no me atrevo á levantar los ojos en vuestra presencia, y vos sois un ángel! (Váse.)

ESCENA V.

La REINA, GILBERTO, despues SIMON RENARD, LORD CHANDOS y guardias.

REINA. ¿Llevas alguna arma, algun cuchillo, algun puñal?...



ASEGURAD A ESTE HOMBRE

GILB. Un puñal.

Sacando del pecho el puñal de FABIANI.

REINA. Bien; consévalo en la mano.

(Le coge con fuerza el brazo y grita.) Señor Bailio! Lord Chandos! (Entran precipitadamente con los guardias.) Asegurad á este hombre. Ha intentado asesinarme y he podido detenerle el brazo en el momento que levantaba el puñal para herirme.

GILB. Señora!...

REINA. (Bajo á GILBERTO.) (Este ha sido nuestro pacto.) Sois testigos de que le habeis encontrado con el puñal en la mano. ¿Señor Bailio, quién es el verdugo de la Torre de Lóndres?

SIM. Un irlandés llamado Mac Dermotti.

REINA. Que venga, tengo que hablarle.

SIM. Vos!

REINA. Yo.

SIM. La reina hablará al verdugo!

REINA. La reina hablará al verdugo; la cabeza hablará á la mano. Obedeced. (Se vá un guardia.) Milord Chandos, y vos, señores, me respondeis de este hombre. Custodiadle bien, porque aquí vá á pasar algo que es preciso que él presencie. Señor Bailio, ¿está en palacio lord Clanbrasil?

SIM. Está en la antecámara esperando que vuestra majestad le permita entrar.

REINA. Nada sospecha?

SIM. Nada.

REINA. (A CHANDOS.) Que entre.

SIM. La corte tambien está esperando. ¿No entrará nadie antes que él?

REINA. ¿Quiénes son los cortesanos que más le aborrecen?

SIM. Todos.

REINA. ¿Pero quiénes le aborrecen más?

SIM. Montagú Sommerset, el conde de Derby, Clinfon, Gerard Fitz, Gerard, lord Paget y lord Canciller.

REINA. (A LORD CHANDOS.) Introducid á todos esos señores, menos al lord Canciller.

CHANDOS se vá.

(A SIMON RENARD.) El obispo Canciller no puede ver á Fabiani más que los otros, pero es un hombre escrupuloso. Voy á dar una ojeada á estos documentos.

Mientras examina los documentos que dejó GILBERTO en la mesa, se abre la puerta del fondo y van entrando los caballeros que antes designó SIMON RENARD.

ESCENA VI.

Dichos, LORD CLINFON y los demás caballeros.

REINA. Dios os tenga en su santa guarda, milores. (A MONTAGÚ.) No olvido nunca que os opusisteis á Juan de Montmorency y al señor de Toulouse en mis complicadas y difíciles negociaciones con el emperador mi tio. Lord Paget, hoy recibireis los títulos de baron de Paget de Beandesert en Sttaford. Me alegro de veros, lord Clinfon, que siempre he sido vuestra buena amiga, y nunca olvido que en la llanura de Saint-James exterminásteis al rebelde Tomás Wyat.

CLIN. (A SIMON.) (Seis meses hace que la reina no me habia hablado. ¡Qué amable está hoy!)

SIM. (A CLINFON.) (Dentro de poco la encontrareis más amable todavía.)

REINA. (A CHANDOS.) Puede entrar milord Clanbrasil. En cuanto esté aquí algunos momentos... (A SIMON.)

SIM. Os comprendo, señora.

ESCENA VII.

Dichos y FABIANI.

REINA. (Ah, ya está aquí!) (Se pone á hablar en voz baja con SIMON RENARD.)

FAB. (Qué quiere decir esto? Aquí no hay más que enemigos míos, y la reina habla en voz baja con Simon Renard; se rie; mala señal.)

REINA. (Con ironía.) ¡Dios os guarde, milord!

FAB. (Tomándole la mano y besándola.) Señora... (Me ha sonreído; no corro riesgo.)

REINA. Tengo que hablaros.

FAB. Y yo tengo que reconveniros por desterrarme tanto tiempo de vuestra presencia. Esto no sucederia si pensáseis en mí tanto como pienso en vos.

REINA. Sois injusto, milord; desde que nos separamos no he pensado en otra cosa.

FAB. De veras?

REINA. Os lo juro: vos mismo lo creereis cuando veais la sorpresa que voy á proporcionaros.

FAB. Qué sorpresa?

REINA. Un encuentro que os causará regocijo.

FAB. No os comprendo...

REINA. Adivinadlo. Mirad hácia aquella puerta.